

# LA ESTÚPIDA MUERTE DE ANA MONTAÑA

Manuel FV

## LA ESTUPIDA MUERTE DE ANA MONTAÑA

UNA HISTORIA ENTRE LA NOVELA NEGRA Y LA PRENSA ROSA CON  
TOQUES AMARILLOS. TAMBIÉN SALE UN VASCO.

**MANUEL FERNÁNDEZ-VILLAVERDE**

## Capítulo 1

### **LA ESTÚPIDA MUERTE DE ANA MONTAÑA**

Me habían mandado investigar muertes estúpidas pero, sin duda, ésta era la más estúpida que mente humana podría imaginar. El diagnóstico rezaba: «Electroshock auricular desencadenante de disfunción de zona prefrontal del cerebro con pérdida funcional temporal previa a un desplazamiento total de masa encefálica por continuo golpeo sobre superficie rígida». Lo firmaba un celador del hospital porque el forense estaba de cañas. Ni por un instante dudé de la pericia del celador. Se ha reventado la cabeza contra el ordenador, me aclaró luego el forense. Me comentó que había una justificación la mar de lógica, y es que parece ser que cuando pierdes la función completa de ciertas zonas frontales del cerebro pierdes también la noción de lo que está bien y lo que está mal. Pierdes la percepción emocional, y eso provocó que Ana, por no se sabe muy bien qué razón, se golpease repetidas veces contra la esquina de la pantalla del ordenador hasta morir. No entendí muy bien la relación, pero cuando la explicación te la da alguien con bata blanca crees a ciegas cualquier argumento, por peregrino que pueda parecer. Y este era muy peregrino, tanto, que merecería haber hecho el camino de Santiago. Ahora quedaba por averiguar algo que para mí también era la mar de lógico, como saber qué le había hecho perder la función de ciertas partes frontales del cerebro.

Sí, podría haber dejado el caso ahí, en una muerte estúpida, pero me parecía tan irreal que empecé a sospechar que algo olía a podrido en Dinamarca. Eso, y que si no investigaba algo con lo que simular que utilizaba mi tiempo en cualquier cosa útil, me iban a mandar al aeropuerto a revisar pasaportes, y a mí no me gusta volar. Llevaba meses de tediosa monotonía y mediocridad revisando vídeos del metro de Barcelona en busca de bandas organizadas de tráfico de casetes piratas. Se habían vuelto a poner de moda. Si no tenías casete no molabas. Por supuesto, yo molaba y tenía un doble pletina rojo en mi habitación con el que me quedaba dormido cada noche. Tras casi un año de dejarme las gafas en las pantallas del metro empezaba a poder hablar desde la experiencia que da el fracaso. Ni un grupo localicé, aunque detuvimos a dos carteristas y un acordeonista que desafinaba. Tenía que espabilarme y limpiar mi imagen dentro del departamento. No podía ser que mis compañeros me miraran por encima del hombro porque eran policías de carrera, mientras que yo había empezado de botones en los calabozos.

Ana Montaña era una brillante abogada criminalista del bufete de abogados «Hamilton & Rosberg». Había subido como la espuma de una cerveza bien tirada tras ganar varios casos que le habían granjeado el sobrenombre de «Aprietaelculoqueviene». Actualmente andaba con un caso en el que había estado trabajando durante meses. Llevaba la defensa

de un presunto —como el jamón— culpable de desfalco de una cadena de hamburgueserías de origen veneciano ubicadas en Barcelona. Gianluca Manduca se llamaba. Era un caso que se me antojaba poco sospechoso de tener alguna relación con la muerte de la víctima, pero yo no descarto nada. De hecho, tendría que aprender a descartar porque esto no hace más que darme complicaciones. Por no descartar, cada vez que voy a casa de mi madre me toca comer los cinco platos que me propone. Sin descartar tampoco que en realidad aún vivo con mi madre. Temporalmente, porque llevo dos años buscando piso.

Habían encontrado a la víctima, en adelante A.M., a las ocho de la mañana, y a las nueve, justo a la hora en la que se activa la oficina, sus compañeros de trabajo se habían apelotonado para poder ver y cotillear nuestro preciso trabajo de investigación y levantamiento del cadáver. Lo levantó Patxi, nuestro cadaverolari oficial. Menuda técnica tiene el tío. Tres veces campeón de Europa. La Interpol ha intentado llevárselo a golpe de talonario pero Patxi es muy de su casa. Yo me alegro, porque es de los pocos con los que me llevo bien en comisaría. A menudo quedamos para jugar al Scalextric en un local que hay en Santjoanistes y terminamos echando unas risas en la pizzería de delante. Él habla en euskera, no le entiendo nada, pero es muy majo el chico.

Astutamente dejé que la gente se quedara a mirar porque, aunque era poco ortodoxo, creí que me daría alguna pista. Lo cierto es que entre los curiosos que miraban no había nadie que mostrara el más mínimo gesto de tristeza o desolación, sino que advertí incluso algún que otro atisbo de camuflada sonrisa inquisidora. Entre todos ellos, había una chica de unos treinta años, o tal vez cuarenta, de traje pantalón de raya diplomática —por favor, que alguien le diga que eso ya no se lleva—, gafas de osito de Tous —madre mía, deberían quemar a todo ser humano que lleve algo de esa marca—, y que se escondía detrás del resto. Su cara denotaba cierta preocupación, pero sin duda no puedo decir que se mostrara fúnebre, sino más bien siniestra. Su cabeza zigzagueaba entre las de sus compañeros mirando lo que hacíamos y lo que fotografiábamos. Tenía un tic nervioso que consistía en tocarse la nariz cada vez con más frecuencia. Sería la primera a la que preguntaría. Por eso, y porque aunque su estética no me molaba, la verdad es que tenía un punto morbosos. Debí de fijarme excesivamente, ya que cuando razonaba esto que escribo, salió apresuradamente de la oficina y no volví a verla hasta horas más tarde.

Me dediqué entonces a intentar encontrar algo en el escritorio de Ana que me dijera qué tipo de persona era, o al menos que me diera alguna pista sobre cómo encarar tan rocambolesca situación. El ordenador ensangrentado hacía de centro neurálgico de la mesa, en la que había un par de clasificadores, algunos libros de derecho y tres botes de bolígrafos llenos de *pilot* negros y rojos. Supongo que ver una mesa con cajones es siempre causa de curiosidad malsana, pero en este caso estaba justificado investigar lo que había dentro. Debo decir que la sorpresa fue mayúscula

al abrir el segundo cajón empezando por arriba, que curiosamente coincidía con el mismo cajón empezando por abajo, ya que encontré algo que me hizo ruborizar y cerrarlo instintivamente.

Ahora el lector de este fascinante relato estará en ascuas, pero deben volver de tan lejos para que les cuente que encontré una foto de A.M. semidesnuda con un corsé de pedrería de *Swarovski* muy cuco. Me resultó muy llamativo verla con un maquillaje exagerado y una posición que pretendía ser *sexy*, y que, si bien conmigo lo conseguía porque soy un poco rarito, no creo que resultase especialmente atractiva para el resto de los mortales. La foto no tenía inicialmente nada que ver con la investigación, pero me acompañó durante todo el día como a un adolescente que ha visto por primera vez una revista porno.

Como había decidido previamente, pedí a la chica Tous que se reuniera conmigo en la cocina, para intentar sonsacarle algo de información. Sin duda, le sacaré algo interesante, aunque solo fuera su número de teléfono.

—¿Cómo te llamas? —apreté desde el principio.

—Elena —contestó aterrada—. Elena Nova. —Claro, no pude reprimir la sonrisa.

—Perdona, me acabo de acordar de la cara reventada de A.M. sobre la mesa y me ha hecho gracia —disimulé astutamente—. ¿Cuál es su cargo en la empresa y qué relación tenía con la fallecida?

—Soy *general administrative assistant around the world for me and you...* secretaria del director general —aclaró al ver la perplejidad de mi cara.

—Ah, mola, supongo —contesté sin haberme ubicado aún.

—Y mi relación con esa zorra era personal y laboral. Laboral porque se follaba a mi jefe, y personal porque se follaba a mi jefe —dijo sin resquemor.

Estaba claro que me había dado un móvil para investigar más a fondo sobre su posible implicación, aunque aún me quedaba el otro, el del teléfono para llamarla. Seguí haciendo preguntas, a cada cual más y más inteligente y sutil, pero debo reconocer que las respuestas carecieron por completo de chicha para tirar del hilo.

—Muy bien, Elena Nova —tuve que reprimir la sonrisa—, espero que no se aleje mucho, puede que tenga que volver a hablar con usted. Déjeme su número de teléfono y así podemos quedar un día a tomar un café —colé

con felino disimulo. Me lo dio, aunque creo que no pilló mis intenciones.

Daba igual, estaba obligado a seguir con mi investigación, pero tenía un hambre que daba calambre, así que bajé al *Loro Charly* a comer un bocata de fuet con sobrasada, queso brie y miel. Y una cervecita, claro. Sin duda algo ligero me vendría muy bien para empezar a decidir mis pasos. Mientras mis mandíbulas daban buena cuenta del tentempié, sonó el móvil que había dejado sobre la mesa.

—Hola, mami —dije de la manera más cariñosa—. Sí, mami —afirmé rotundamente—. Hasta luego, mami —concluí con firmeza—. Sin duda había dejado las cosas claras y el chocolate espeso. Me había invitado a cenar, y uno no puede negarle eso a una madre. A menos que el caso me lo impidiera.

Tras un salto felino —sí, ya sé que antes también usé esta expresión, pero qué le voy a hacer si soy más parecido a un tigre que a un simple ser humano— y un regüeldo sordo que disimulé con una tos, pedí la cuenta y volví a la oficina de A.M., donde me quedaba aún mucha faena por hacer.

No se me quitaba la imagen del corsé y le daba vueltas a lo que me había dicho Elena. Puede que esa foto finalmente sí tuviera algo que ver con el caso, así que no me quedaba otra que estudiarla con detenimiento. Es posible que descubriera algo. Al menos, seguro que disfrutaría con la vista y la imaginación.

Al subir, la oficina había recuperado su ritmo normal, como si nada hubiera ocurrido. La lógica, que preside mis razonamientos, me dijo que el siguiente en la lista era el director general. La lógica y el hecho de que fuera amante de A.M.

Entré en su despacho, con cierta chulería para dejar claro que no me asustaba que fuera el mandamás de la empresa. Le miré a la cara y, sin mediar palabra, me acerqué a un sofá que tenía delante de su mesa. Ahí me dejé caer a plomo y lancé un suspiro de: cuidadito, que soy un tío muy chungo. Era un hombre de unos cincuenta y muchos años, de piel artificialmente morena, cuarteada por el tabaco y la mala vida, con una camisa de cuadros y una corbata de rayas —¿pero es que nadie sabía vestir en aquella empresa? —, y una calva brillante y llena de queratosis actínica.

—¿Qué quiere? —me preguntó, claramente molesto.

—Que qué quiero. ¿Cree que es lógico que me pregunte eso? ¿Suele morir mucha gente en sus oficinas como para verlo normal?

—No, pero soy abogado. Nada me asusta. Nada me espanta. Nada me

para —dijo con firmeza.

Aplaudí intentando disimular que realmente me había impresionado. No podía darle ese gusto.

—Muy bien, ¿lo tenía ensayado? —le dije para desmontarle.

—No, es el leitmotiv de nuestra empresa. Sólo tiene que leerlo.

Me había pillado, no porque me hubiera quedado sin respuesta, sino porque no sabía lo que era un leitmotiv.

—Claro, claro. Pero vamos a lo que nos importa. ¿Cómo se llama usted? ¿Qué cargo ocupa en la empresa? ¿Qué relación tenía con A.M.?

—Me llamo Oliberto Sánchez, y soy el CEO —contestó con firmeza y cierta chulería.

¿Es que nadie tenía un nombre normal en aquella jodida empresa? CEO. ¿No le sería más fácil decir: soy el puto amo, el que corta el bacalao, el que reparte el parné, la cabeza visible de la iglesia?...qué sé yo, pero CEO era, sin duda, una sobrada.

—No me ha comentado aún qué relación tenía con A.M. —pregunté felinamente.

—Era mi amante. No se lo voy a negar. Más tarde o más temprano una mente privilegiada como la suya acabaría sabiéndolo, y no quiero que piense que intentaba ocultarlo —contestó con media sonrisa en la boca. Una boca, por cierto, decorada con un bigote afilado en sus puntas.

CEO y amante de A.M., qué potra tienen algunos. La verdad es que no parecía que tuviera el más mínimo miedo a mis preguntas, ni a que yo sacara conclusiones sobre la potencial relación entre su tórrida vida amorosa y la muerte de su empleada.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —tiré de preguntas de libreto.

—Ayer. Quedamos en un hotel. No por nada en particular, ya que ella tiene su piso, pero es que me ponen "brutote" los hoteles. Debe de ser algún tipo de trauma de la infancia. Viajaba mucho con mis padres.

—Dígame, don Oliberio, ¿está usted casado?

—Claro, ¿no ve la foto de mi mujer y mis siete hijos sobre la mesa?

—afirmó sin el más mínimo pudor. — Se lo cuento sin vergüenza alguna a pesar de que mi mujer algo se huele, pero como usted no puede decir

nada porque tiene que mantener el secreto de confesión, pues...

—No se confunda, amigo mío, eso es de los curas y los médicos, y yo no soy ni una cosa ni la otra. Para la primera no tenía vocación, y para la segunda no tenía nota.

Dejé la conversación ahí, por el momento. Seguramente, *el prenda* tendría ya estudiadas las posibles preguntas y sus correspondientes respuestas. Mejor sería que otro día le interrogara por sorpresa. Mi siguiente objetivo iba a ser su defendido, Gianluca Manduca.

Llamé a su secretaria y acordé una reunión a primera hora del día siguiente en sus oficinas de la calle Santalò. Tenía toda la tarde-noche por delante, así que decidí despejarme la mente y disfrutar de la nueva novela de Alan Moore sentado en un cojín de cuero del FNAC. Lo bueno de la novela gráfica es que me la puedo leer sin tener que comprarla. Ahí, tan ricamente sentado, en una horita di buena cuenta de ella. De allí volví a casa. Esa noche era toda para mí porque mi madre había salido a jugar a las cartas con las amigas. «Tienes puré de calabaza en la nevera. Mamá». Nunca he sabido por qué mi madre piensa que cuando me quedo solo en casa tengo intención de hacer vida sana y comerme un puré o algo similar. Por supuesto, el puré acabó en la basura y me pedí una pizza que regué con abundante cervichuela mientras veía *El Puente*, una serie policiaca danesa que supongo que para mentes normales es muy inquietante, pero para un cerebro privilegiado en la lucha contra el crimen como el mío, es simplemente entretenida. Me quedé dormido pensando cuáles serían mis preguntas al señor Manduca.

Llegué puntual como un adolescente a su primera cita, aunque lo cierto es que a aquella yo llegué tarde. El despacho estaba aún cerrado, así que me quedé en la puerta hasta que se presentó la secretaria. Era una chica joven de muy buen ver, con largas piernas embutidas en cuero negro y unos pechos a los que me habría encantado interrogar.

—Pase, pase, ahora vendrá el señor Manduca. Le he visto tomando un cafecito abajo —me dijo dos veces, porque la primera aún estaba escalando su cuerpo mentalmente.

—Gracias, no tengo prisa. Comprendo que es muy pronto y hay que empezar con fuerza el día —aclaré disimulando. Eran las diez de la mañana.

Entonces apareció un hombre minúsculo de gafas rectangulares metálicas, con una tripa redonda y mofletes achuchables para quien le guste achuchar mofletes, disfrazado con un traje que antes debió de ser de una mesa camilla, con las mangas largas que le llegaban hasta las falanges

medias.

—Hola, soy Gianluca Manduca encantado —dijo de corrido estirando la mano. Una mano blanda y fría que asomaba de una camisa doblada a medio puño—. Siéntese que tengoprisa.

—Gracias por recibirme, quería...—intenté comenzar.

—Sí, sí. Viene a preguntarme por la zorra de Ana, ¿verdad? —continuó mientras se servía un whisky, y tal debió de ser mi sorpresa que al instante atajó la duda—. No se preocupe, es té frío. Me encanta el té, pero qué mierda de italiano sería yo si diera esa imagen. Eso y que en realidad soy de Albacete. Por eso lo he metido en esta botella de licor. No le ofrezco porque no me apetece. En fin, al turrón. Como sabrá conozco a esa zorra, y digo zorra porque me sale de mis imperiales atributos y no pienso justificárselo, porque era mi abogada para una causa que no viene al caso, pero le diré sin rubor que es más falsa que un delantero en el esquema de Guardiola.

—Sí, efectivamente...—volví a intentarlo.

—¿Lehedicho que tengoprisa? —farfulló agitado, así, sin espacios— Déjeme hablar a mí y usted luego coge la puerta y carril. Esa era mi única relación con ella. Resultaba cojonuda haciendo su trabajo. ¿Le he dicho que era una zorra? Pues es lo que me gustaba de ella. Me iba a sacar de este berenjenal. Y ahora estoy acojonado, los tengo de corbata, no me pasan ni mis soldaditos cuando me estrujo el soldadito, ya me entiende.

—Ya, pero puede que algo haya tenido que ver, no con usted, pero sí con quien le haya denunciado, por ejemplo —conseguí argumentar casi a la misma velocidad que él hablaba.

—¡Pollas en vinagre! Eso es lo que pienso de su sospecha. Me ha denunciado mi hija para quedarse con la mitad de mi imperio, y mi hija es de todo menos una asesina, así que ya se le ha pasado el tiempo que teníamos acordado. Puerta— me dijo mientras señalaba la salida y se sumergía en sus papeles.

Bien, estaba en las mismas. No tenía sospechosos, ni pruebas, ni pollas en vinagre. Sin duda tendría que volver a replantearme el caso desde el principio. Tras llorar amargamente durante quince segundos mi mente pensó que debía hacer una visita a la hija de Gianluca. A veces me sorprende lo lento que es mi proceso de asimilación de información. Y mi tránsito intestinal.

Con mis increíbles dotes deductivas, y gracias a la inestimable ayuda de internet, averigüé que la hija se llamaba Lorena. Lorena Manduca. Manda narices. Llamé a la comisaría y me dijeron que vivía en la calle Bertrán,

así que para allá que fui como un tiro. Después de pasar por el baño, claro. Ya dije que mi tránsito intestinal es lento, y aún quedaba pendiente una pizza por eliminar.

La casa era un magnífico chalet con columnatas corintias en la entrada —qué buen gusto, pensé para mis adentros, pero muy, muy adentros—, mármol a tutiplén y un puto perro que me persiguió hasta llegar a la puerta. Llamé y mientras aún sonaba el timbre abrió un retaco en chándal que era la viva imagen de Gianluca Manduca, pero con pelo largo y sin gafas. Jamás podré olvidar esa imagen. De fondo sonaba bachata, o merengue, o salsa, o qué sé yo, pero era espantoso.

—¿Qué quieres, guapo? —me preguntó mientras masticaba algo que no era chicle.

Tras presentarme debidamente y enseñarle mi identificación, me pidió que entrase en la casa.

—Pasa, guapo —fueron sus palabras, por si no quedaba claro lo que era pedir entrar—. Siéntate. ¿Quieres algo de beber? —me dijo mientras se ponía ella una copa.

—¿Es té? —pregunté pensando que haría lo mismo que su padre.

—Qué hostias té, ¿estás loco? —contestó extrañada. Por cierto, por si el lector que está siguiendo este caso con mi relato no lo ha deducido, diré que su voz era como un pito retorcido y terriblemente molesto. Debía acortar mi visita antes de que mis tímpanos, bellos tímpanos que alguna vez me habían granjeado halagos (*qué monos tímpanos tiene tu hijo*, le dijeron más de una vez a mi madre durante mi infancia), estallasen.

—Por favor, ¿conocía usted a Ana Montaña?

—Claro que sí, esa zorra me estaba poniendo las cosas complicadas para quedarme con la parte que me corresponde del negocio de mi padre. Alguna vez habíamos coincidido por la noche, en alguna fiesta. Ella siempre flirteaba con todos los chicos, pero es normal. Se metía coca hasta las cejas...y luego iba con su tipín y su corsé de pedrería barata mostrando sus atributos. Zorra.

—¿Corsé? —pregunté sorprendido.

—Sí, la última vez que la vi lo llevaba. Bueno, se lo ponía siempre que salía. Si no era ese, se ponía alguno parecido.

—Y ¿cuándo la vio por última vez?

—La noche antes de que la encontrarais como un fiambre —contestó con frialdad—. No sospeche de mí —me dijo intuyendo que había sido demasiado fría—. La conocía y me caía como una patada en las narices, pero sería incapaz de hacerle nada.

No sé por qué, creí que tenía razón, que no mentía. Esa pequeña tanqueta de grasa no podía ser culpable, aunque solo fuera porque no la veía con la suficiente inteligencia como para preparar nada medianamente sofisticado.

El caso me estaba volviendo loco. Al fin y al cabo, no tenía ninguna pista a la que agarrarme para seguir investigando. Otra vez parecía que la iba a cagar. Ya me veía de nuevo con las imágenes del metro, volviendo a la mierda de la rutina. Fue entonces, aquella misma tarde, cuando el forense se puso de nuevo en contacto conmigo.

—Hola, soy Ezequiel Castillo, el forense del caso en el que creo que usted está trabajando —se presentó.

—Sí, así es. Es mi caso —dije con orgullo— Le recuerdo del día que encontramos el cadáver.

—Pues mire, me sabe mal decírselo, pero es que no hay caso —me comentó con timidez.

—¿Cómo que no? Ahora me dirá que Ana Montaña no fue asesinada —argumenté con entusiasmo.

—No, no fue asesinada. Ya me imagino que cuando escuchó lo que le comenté pensó que alguien le habría hecho algo. Se le vio tan entusiasmado que no me dejó continuar, así que le permití que indagara un poco por ahí, aunque solo fuera para que me dejara en paz.

Mientras me decía esto la sangre se me congeló, y empecé a pensar que había perdido mi valioso tiempo. Y dinero. Había subvencionado de mi propio bolsillo el viaje en metro hasta la calle Bertrán. A Santalò había ido andando.

—Mire, lo que realmente ha ocurrido es que al hacer la autopsia hemos visto que tanto en el tabique nasal como en la mencionada zona prefrontal del cerebro, había unas pequeñas piedras de Swarovski.

—No lo entiendo —dije, porque no lo entendía.

—Por lo que hemos observado, esta chica se metía más coca que Maradona, así que tenía el tabique necrosado y perforado. Sospechamos que esnifó por accidente esas piedritas, que no sabemos de dónde habrán salido, cosa que en realidad nos la pela. Tampoco sabemos cómo pudo

pasar una de ellas hasta el cerebro, pero se quedó ahí colocada hasta que la afectó lo suficiente como para que ella misma quisiera quitársela por molestia o porque encendió algo en su cabeza que le hizo perder la razón. Ya le digo que no le damos mucha importancia, así que no hemos seguido averiguándolo. Eso y que falté a las clases que trataban sobre ello, así que no tengo muy claro cómo funciona el cerebro.

—¿Y lo del electroshock auricular? —pregunté aún con esperanzas.

—Ah, eso es una gilipollez del celador.

—Así que no hay caso —pregunté de nuevo, desconsolado.

—Muy bien, aguililla, al fin lo has pillado —contestó con, creo, cierta mofa.

Ahí quedó la mierda de muerte de Ana Montaña, que efectivamente, había sido una muerte estúpida. Y ahí comenzó, de nuevo, el resto de mi estúpida vida.

Guay ¿verdad?